

os misioneros. Lo cual implica una serie de actitudes humanas y espirituales de calidad para escuchar, prestar atención, acoger, respetar...

Finalmente, como acento especial, fomentar *la espiritualidad de comunión es aprender el diálogo de la caridad*. El diálogo forma parte de la manera de ser y actuar de Dios; el diálogo prepara el encuentro y el encuentro fomenta el diálogo. Es la vía de la encarnación del Verbo, es la vía sacramental, sobre todo en los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Tenemos que aprender a hacer de las relaciones un lugar de encuentro. Las técnicas de la programación y del trabajo en equipo sólo dan su fruto cuando está asegurada esta espiritualidad de comunión.

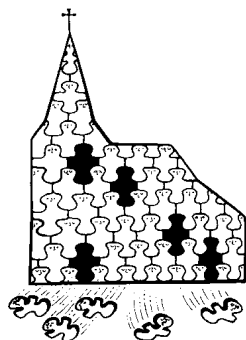
Antonio Sánchez Orantos, cmf.

LA MISIÓN COMPARTIDA DINAMIZA LA VOCACIÓN MISIONERA DE LA PARROQUIA



ÍNDICE

I. MISIÓN COMPARTIDA ES COMPARTIR VIDA	3
II. MISIÓN COMPARTIDA EXIGE ELABORAR JUNTOS Y CORRESPONSABILIZARSE EN LA REALIZACIÓN DEL PROYECTO MISIONERO PARROQUIAL	5
III. LA MISIÓN COMPARTIDA EXIGE ESPACIOS DE FORMACIÓN CUALIFICADOS	8
IV. CONCLUSIÓN. LA MISIÓN COMPARTIDA EXIGE UN NUEVO MODELO DE ORGANIZACIÓN PASTORAL	12



- El *sentido de dinámica, de proceso*, que prevé y desarrolla el análisis de la situación de la realidad que formula y concreta objetivos; que establece prioridades; que articula recursos y fija agentes, medios y plazos y que, finalmente, evalúa a su debido tiempo.
- E implica *un cierta continuidad y estabilidad* para que los objetivos de los proyectos de acción sean realizables.

Es verdad que son muchos los desafíos que experimenta la misión evangelizadora en el orden social, económico, político y religioso. Solos no podemos, pero juntos, en misión compartida, podemos ofrecer la verdad más fundamental que la profecía evangélica pretende: que todos sean uno para que el mundo crea.



Dentro de esta mirada positiva y esperanzadora podemos apreciar los dones que el Espíritu otorga a su Iglesia, Pueblo de Dios que camina y anuncia la Buena Nueva del Reino. Ayudar a revivir con gozo el comprender las nuevas formas de vida que van apareciendo en la Iglesia, el sentido comunitario que despiertan, el entusiasmo en el servicio. Todo esto nos lleva a una conversión hacia lo bueno, lo noble, lo amable, lo que estimula, lo que recrea. Así nos dispondremos al pensamiento y al lenguaje inclusivo en todos los ámbitos de lo cotidiano.

Nos ayuda en este empeño por compartir la misión *la lectura orante de la Palabra* y *la vivencia de la eucaristía*, paso de Dios por la historia de los hombres que invita a estar vigilantes ante los desafi-

Por eso, se ha de prestar atención a las personas en cada una de estas dimensiones existenciales, valorar los dones que poseen en lo humano, cristiano, misionero y tratarlas como algo sagrado – no de forma funcional o utilitaria- a la vez que impulsarlas a vivir en plena responsabilidad los dinamismos de crecimiento personal y comunitario.



Y, por tanto, la nueva organización debe destacar como su tarea más fundamental la animación personal y comunitaria: los dinamismos de acompañamiento personal y comunitario. Para que la misión compartida se mantenga en acto, es decir, que todos los agentes de pastoral se hallen a la altura de las exigencias de la misión recibida, es preciso impulsar, motivar, hacer crecer a las personas, a los grupos, a las comunidades. Por eso, la animación comportará siempre, al menos, estas notas:

- La *finalidad* hacia la que hay que encaminar todos los esfuerzos, contenidos y valores que hay que revivir y compartir con otros en la construcción del Reino.
- El carácter *promocional y transformante*, porque más que una actividad concreta es una cualidad del actuar, una forma de ordenar procesos de crecimiento, convirtiendo a las personas en sujetos activos, críticos y creativos.
- La *actividad participativa* para romper la indiferencia, el absentismo y la apatía del grupo.

I

MISIÓN COMPARTIDA ES COMPARTIR LA VIDA

Compartir la misión es compartir la vida. Ha sido visto en la reflexión anterior: la misión es inseparable de la vida misma. La comunidad de vida y misión atestigua que la verdad evangélica es posible en la historia de los hombres.

Una comunidad unida en la vida y en la misión será la primera y más creíble palabra de evangelización.

Compartir la vida significa, sobre todo, tener unas relaciones interpersonales abiertas, sinceras, espontáneas, respetuosas y cordiales; valorar y querer al otro no por lo que hace, sino por lo que es.

Compartir la vida significa también abrir el corazón a los hermanos y compartir los sentimientos, las dificultades, los problemas y los éxitos personales. Compartir, en definitiva, esos detalles humanos que posibilitan los sueños de hacer cosas juntos.

En este sentido, es necesario propiciar en las Parroquias espacios para convivir; promover momentos y ámbitos de encuentro que posibiliten el «hacer juntos», el «hacer con otros». Momentos en los que se comparte, por tanto, vida, oración, discernimiento y proyectos de misión.

Pero no sólo con los de «dentro». También con los de «fuera». Se trata de renovar nuestra fe en la fuerza universal de la verdad evangélica. Esto exigirá a la comunidad parroquial cercanía a los otros y respeto a las diferencias y singularidades de los demás.

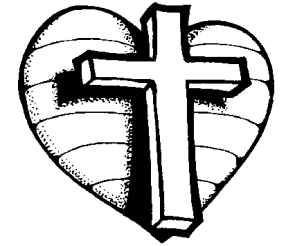
La misión compartida, por su misma naturaleza, se desarrolla entre personas y grupos diferentes. Por tanto, una «asignatura» que debe impartirse y siempre renovarse en la comunidad parroquial será el aprendizaje del diálogo. Cada estilo de vida debe respetar los espacios propios de las otras identidades o vocaciones para que haya una verdadera comunión y no una destrucción de carismas.

Finalmente, el proyecto del Reino implicará muchas veces compartir la misión, insistimos, con los que no tienen la misma fe o identidad eclesial; también ahí tiene sentido el compartir la vida para mantener vivos los valores que hacen posible la verdadera vida humana.

Muchos «grupos de fe» pierden esta posibilidad por defender «su verdad, en lugar de potenciar las verdades que nos hacen hermanos de todos los hombres, como por ejemplo, la capacidad de resistencia no violenta, la lealtad, la honradez, la sinceridad... en una palabra, la defensa de la vida.

Es la propuesta que nosotros, desde el Evangelio, podemos hacer cuando hemos aprendido los caminos del diálogo que buscan compartir la vida: un «ecumenismo» en favor de la vida humana.

- La subsidiariedad es uno de los principios más importantes para comprender y actuar en misión compartida. Con este principio se intenta promover el pleno desenvolvimiento de la persona en su propio ámbito. Tanto la comunidad como los responsables de animarla deben ofrecer a todos los miembros la ayuda que necesitan para vivir su vocación personal y el ejercicio de la misión que de ella se deriva. La subsidiariedad implica, además de una adecuada jerarquización de acciones, descentralización de responsabilidades y autonomía de funciones. Se trata de confiar los unos en los otros, de aprender a dar cuentas ante los demás, de revisión de vida y de corrección fraterna, de fidelidad al proyecto común elaborado por todos.
- Sólo, así, la misión compartida podrá hacer expresiva la corresponsabilidad que refleja la vida y misión compartida y comprometida. Evoca los vínculos de comunión que genera la información y la participación. En el Cuerpo de Cristo somos uno, pero los miembros son diversos. Cada uno asume la responsabilidad propia del don recibido. La sana corresponsabilidad no da cabida ni a la abdicación ni a la intromisión.



Señalemos, por último, las dimensiones y dinamismos de relación y crecimiento. Cada vocación integra tres dimensiones fundamentales: humana (sentido de la vida), cristiana (vida teológica) y misionera (participación en el carisma).

sión compartida ha de avivar la conciencia de esta condición indeclinable, constitutiva, de la vocación cristiana, reconociendo que no todo tenemos que inventarlo e iniciarlo, pues hay muchos proyectos de evangelización en los que, sin ser protagonistas, podemos prestar nuestros servicios.

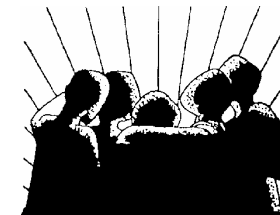
Señalemos, ahora, los principios que deben animar la nueva organización pastoral. Son los clásicos principios que han sido propuestos en la Iglesia postconciliar: información, comunión, participación, subsidiariedad y corresponsabilidad.

- Los cauces de información han de ser efectivos y cuidados con esmero para que pueda darse una auténtica coresponsabilidad y la más genuina solidaridad comunitaria. Es imposible realizar una misión compartida sin la información que permite la comunicación y la participación responsable. La información está al servicio de *la comunión*, que arrancando de la integración de todos los miembros en la comunidad misionera local, ascienda hacia la unión con otras comunidades.
- La participación es el principio del reconocimiento de la persona en la comunidad, como miembro activo de la misma. Ningún miembro del pueblo de Dios, sea cual sea el ministerio a que se dedica, posee aisladamente todos los dones y ministerios, sino que debe estar en comunión con los demás. Los diversos dones y funciones en el pueblo de Dios convergen y se complementan recíprocamente en una única comunión y misión. Lo importante es que la nueva organización pastoral sea capaz de crear estructuras adecuadas de participación: consulta, diálogo, cooperación...

II

MISIÓN COMPARTIDA EXIGE ELABORAR JUNTOS Y CORRESPONSABILIZARSE EN LA REALIZACIÓN DEL PROYECTO MISIONERO PARROQUIAL

Desde el punto de vista pastoral, cuando hablamos de misión compartida nos referimos a la participación y colaboración de los distintos carismas en el proyecto de misión parroquial que concreta la única misión evangelizadora de la Iglesia.



Participación en la elaboración, colaboración en la realización y coordinación de todas las personas y acciones pastorales que contenga el proyecto de misión de la parroquia. En una palabra, corresponsabilidad, desde el papel que cada persona pueda desempeñar según su situación vital, su preparación y su capacidad ministerial, y, todo ello, por derecho propio, no por concesión, en virtud de la gracia bautismal.

La misión parroquial exige, por tanto, un proyecto claro, concreto y evaluable. Sin él, además de abocar a la improvisación, es imposible la realidad de la misión compartida, porque es imposible que los diferentes carismas puedan resituar su fidelidad desde una unidad de misión.

No podemos olvidar nunca que la misión de la Iglesia Universal tiene que ser fiel a la ley de la encarnación: tiene que «inculturarse», encarnarse en cada contexto y situación. Y esta fidelidad se hace real cuando existe un proyecto de misión específico que toma en consideración la realidad del lugar, la orientación carismática de los claretianos y los planteamientos de la Iglesia local, estableciendo prioridades, objetivos y opciones pastorales.

A partir de dicho proyecto, continuando la dinámica de diálogo y participación, deben explicitarse las acciones misioneras concretas, organizando los diferentes trabajos y posibilitando que cada uno asuma su responsabilidad.

El proyecto, por eso, debe ser claro para todos, contemplando la temporalidad e incluyendo mecanismos de revisión constante que le permitan mantenerse fresco, ágil y actualizado.

Es clave para el éxito de un proyecto misionero compartido que el equipo que asuma la responsabilidad de dinamizar el trabajo evangelizador esté configurado por personas que crean en la misión compartida, que tengan actitudes y aptitudes que la hagan posible; personas que favorezcan la colaboración de todos los carismas, la correspon-



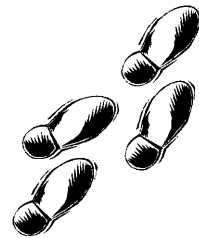
se realice sin egoísmos ni protagonismos estériles; por el contrario, sea desde el común pensar, sentir y querer. Quien tenga la responsabilidad de animación ha de pensar en las diversas vocaciones y sus peculiaridades y en las responsabilidades que brotan de su específica condición. Si se mira, por ejemplo, a la comunidad claretiana, comprender y ayudar al misionero presbítero, al misionero hermano, al misionero en formación; si se mira a la comunidad cristiana: comprender y ayudar a los casados, a los religiosos, a los solteros, a los presbíteros diocesanos, al Pastor de la Iglesia particular; si se mira a la condición social, comprender y ayudar a los alejados, a los más pobres y necesitados, a los enfermos y ancianos...

2. La *fraternidad* apostólica es un don y una tarea. Somos convocados por gracia a participar de un mismo proyecto misionero. La fraternidad aparece en círculos concéntricos: comunidad comprometida, comunidad cristiana, comunidad humana. La comunidad de personas comprometidas, el «núcleo duro» de la vida parroquial, tiene que ser signo y fermento de comunión eclesial y humana. Una comunidad entregada a la escucha de la Palabra de Dios, atenta a la presencia del Espíritu en el mundo y a las necesidades del pueblo. Una comunidad que se esfuerza por vivir concordemente y comunicar con bondad y misericordia el mensaje de salvación.
3. La *misión evangelizadora* es el tercer objetivo que, como ya hemos indicado, articula todas las dimensiones de la vida cristiana y, específicamente, de la vida misionera. La Iglesia ha nacido para evangelizar. Toda ella es evangelizadora. Es servidora del Reino. La organización pastoral desde y para la mi-

abiertas y acogedoras, dialogantes y tolerantes: ser signos e instrumentos de comunión. Hemos de prepararnos para entrar, vivir y actuar en red; para acoger a gentes de otras culturas y confesiones, para superar diferencias en la forma de pensar política y teológicamente; para planificar y trabajar en equipo, comenzando con los que convivimos.

Esta nueva organización pastoral requiere la participación corresponsable, el saber aportar lo que cada uno puede y debe.

Por eso, es importante, para terminar, afirmar con claridad la finalidad última que se pretende con esta nueva organización de la pastoral parroquial.



Tres son los objetivos esenciales que debe buscar la parroquia a través de su nueva organización pastoral: *la identidad* de las diversas vocaciones del Pueblo de Dios, *la fraternidad* entre todas ellas y *la misión* que conjuntamente han de realizar. Tres objetivos que se interrelacionan y, por tanto, no se puede atender uno con menoscabo del otro.

1. La identidad de las vocaciones brota de un don que se afirma y crece en la correlación con las demás vocaciones eclesiales, con el otro género, con las otras culturas. Acogerlas, respetarlas, propiciar su crecimiento y capacitación para el compromiso misionero es una de las primordiales tareas de la organización parroquial. Convertir al yo en “nosotros” es uno de los objetivos de animación para que todo se piense, se planifique,

bilidad, la confianza, la fraternidad y el servicio humilde. No estamos hablando de un equipo perfecto, sino de un grupo que tiene la madurez suficiente para ir integrando con serenidad y con fe los problemas que se vayan presentando para lograr desde la diversidad la unidad de misión.



Este equipo de responsables debe actuar de forma organizada y orgánica con vistas a alcanzar los objetivos del proyecto misionero. La comunicación, la confianza, la corresponsabilidad y la complementariedad son fundamentales para que sea efectiva la coordinación, es decir, la integración de las personas y las acciones de cara a afrontar los retos de la misión con eficacia.

Constituir un equipo eficaz en cada Parroquia que dinamice la corresponsabilidad de todos es una urgencia para llevar a cabo las exigencias de la misión compartida. Y, hasta ahora, los consejos pastorales parroquiales en pocos lugares responden a esta urgencia.



III

LA MISIÓN COMPARTIDA EXIGE ESPACIOS DE FORMACIÓN CUALIFICADOS

La misión compartida con todas las formas de vida cristiana, ministerios y carismas exige una formación compartida.

Todo evangelizador en cualquiera de las formas de vida cristiana, ministerios y carismas, necesita, cada vez más, estar disponible y ser capaz de insertarse en una realidad que cambia con un ritmo frenético. Todo evangelizador necesita, en definitiva, saber dar razón de su esperanza a los hombres y mujeres de su tiempo y lugar.

La formación *no es sólo un tiempo pedagógico* de cualificación para la misión, sino que representa *un modo teológico* de pensar, de sentir, de hacer y de testimoniar la vida cristiana en cualquier circunstancia y en fidelidad a la forma de vida cristiana asumida.

Pues bien, es evidente que compartir la vida, la espiritualidad carismática y la misión implica necesariamente abrir espacios comunes de formación que inviten a converger en compromisos de vida y acción. **La formación compartida está llamada a ser un testimo-**

da vida, lo anima todo y lo mueve todo en orden a la plenitud del Reino. Por eso, sus responsables han de estar abiertos al plan íntegro de salvación y ejercer su función desde la fidelidad al evangelio.

En el texto de la carta a los Efesios (*Ef 4,4-7.11-16*) podemos apreciar la mística corporativa de la misión. Estos versículos nos invitan a repasar las actitudes fundamentales con las que evangelizar. El reconocimiento de la diversidad de dones y la mutua aceptación en la diversidad, nos hace fecundos en la caridad. Cada uno aporta según el don recibido del Espíritu. Sólo se construye desde la diferencia. Entre todos podemos y debemos hacer crecer el Reino y llevar a la adultez el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Lo cual exige una gran apertura de mente, una buena capacidad para acoger lo diverso, concordar ánimos, conjuntar iniciativas, sumar y multiplicar acciones con otros, a fin de que el Reino de Dios crezca.

Es decir, se exige que la organización pastoral parroquial esté *enraizada en el misterio* y *amplitud de miras* para no reducir la acción al inmediato contexto en que se mueve. Organizar desde y para la misión compartida implica tener en cuenta la gran red de relaciones en que se hallan vinculados cuantos buscan la transformación del mundo según el diseño de Dios.



No es fácil entrar en esta dinámica sin una conversión personal y comunitaria, que supone cambio de mentalidad y de estilo en las personas y en las comunidades, sean comunidades de Misioneros sean comunidades cristianas de cualquier tipo o ámbito de apostolado. Todas han de ensayar nuevos modos de relacionarse y ser más

IV CONCLUSIÓN

LA MISIÓN COMPARTIDA EXIGE UN NUEVO MODELO DE ORGANIZACIÓN PASTORAL

Se puede hablar de un nuevo modelo de organización pastoral cuando hay un objetivo que lo inspira y dinamiza. El objetivo de “hacer con otros” inspira y dinamiza un modo de realizar la misión y postula un modo de orientar, animar y coordinar a quienes participan y cooperan.

La organización pastoral es una acción global que intenta llevar a cabo la misión confiada. Afecta a la espiritualidad, a la formación, a la actividad apostólica y a la economía... a todas las dimensiones de la vida parroquial.

Pues bien, la organización *desde y para la misión compartida* se inspira y tiene como centro la misión, que tiene su origen y dinámica en el misterio trinitario, y busca como finalidad crear la fraternidad de los hijos de Dios, sacramento eficaz de llamada a la fidelidad evangélica.

En la organización pastoral el protagonista es el Espíritu que

no elocuente de comunión desde y para la misión.

Es cierto que cada identidad eclesial está preocupada por la necesidad de la formación en la respectiva vocación mirando hacia el ejercicio responsable de la misión. Pero, necesitamos hacer un esfuerzo para lograr espacios de formación común y, aquí, la Parroquia puede cumplir una función esencial, en cuanto puede unificar los contenidos formativos desde las exigencias de su proyecto de misión.



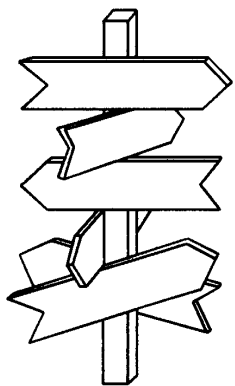
Se trataría de encontrar los caminos que permitan compartir itinerarios formativos para enfrentar los desafíos de la misión. Es una tarea que está por hacer pero que es urgente si se quiere llegar a la anhelada corresponsabilidad misionera.

Y es evidente que estos itinerarios formativos exigen recorridos sistemáticos. No se trata de reuniones de vida, sino de información de calidad que posibilite dar forma a la vida para que ésta pueda ser testimonial en los diferentes espacios sociales donde se desarrolla.

La Parroquia necesita, y sobre todo para aquellos que sienten y exigen la corresponsabilidad misionera, un camino formativo teológico-pedagógico que ayude a forjar y habilite a vivir los valores de la propia identidad vocacional en correlación con las demás identidades eclesiales al servicio de la misión compartida.

Si los evangelizadores comparten el camino de la formación tendrán la oportunidad de entrar en el mutuo conocimiento y en el intercambio de dones, a la vez que adquirirán una capacitación y una formación adecuada para responder a los retos de la misión.

Compartir itinerarios formativos a nivel inicial y permanente debería llegar a ser un principio educativo en todas las parroquias si se pretende verdaderamente cumplir con la urgencia de educar a la persona humana y cristiana.



Y estos itinerarios obligará a la Parroquia a trabajar con otras parroquias y con aquellas instancias que los posibiliten, obligando a los Centros de Estudios Superiores y tantos otros centros e instancias de formación y capacitación que la Congregación posee a ser laboratorios o talleres de formación compartida donde se puedan hacer realidad estos itinerarios, con gradualidad, integralidad, pedagogía, metodología y didáctica apropiados.

Sin esta decisión de trabajar juntos, que también es misión compartida, no podremos concretar este sueño que es futuro para la Iglesia y para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

El objetivo de estos itinerarios formativos creo que a estas alturas del discurso es claro. Pero, quizá, convenga concretarlos más:

Ayudar a que el evangelizador sea una persona disponible para formarse durante toda la vida, en toda circunstancia, a cualquier

edad, en cualquier ambiente y contexto humano (comunidad religiosa, familiar, parroquial, educativa...), dejándose afectar por cualquier parte de verdad, de bondad y belleza que encuentre junto a sí. Se trata de aprender a dejarse formar por la vida cotidiana: por la comunidad, el servicio evangelizador, la oración, la fraternidad, las cosas de siempre, ordinarias y extraordinarias, el cansancio, la alegría y el sufrimiento de cada día.

Motivar al evangelizador para que ponga sus dones y carisma al servicio de la misión compartida, teniendo en cuenta los desafíos de cada época y de cada ambiente. Para ello, los itinerarios formativos deberán abordar la formación del ser (madurez humana, cristiana, carismática y apostólica), la formación del saber (formación bíblica, teológica y en las ciencias humanas y sociales), la formación del hacer (formación pedagógica, metodológica y pastoral), la formación en la relación para el compartir.

